

demonios que lanzar: los dos augustos amigos se detenian, sin volverse á poner en camino, sino despues de haber pacificado, consolado y bendecido.

En la edad media, muchos de los príncipes de la Iglesia tenian mucho mas fausto que los príncipes de la tierra; entonces no eran solamente poseedores de poderes de lo alto, y su apoyo no les venia todo del cielo, sino que pedian tambien algo al mundo: así, las visitas episcopales que hacian, no podian menos que ser muy diversas de la simplicidad de los primeros tiempos: sobre todo, el prelado que partia de su palacio para ir á bendecir y evangelizar, parecia por su escolta á un príncipe entrando en campaña para guerrear y conquistar; entonces tenian á su alrededor mas hombres armados que clérigos, mas lanzas que cirios.

En la Iglesia de Dios, los abusos no pueden durar largo tiempo sobre esta tierra bienaventurada: lo que no es bueno, no puede crecer y debe morir. Así, de estos abusos que acabo de indicar, nada queda ya, y todo ha venido á ser lo que debe ser, simple y noble, religioso y tierno.

Yo trasporto mis recuerdos á 1802, época de renacimiento y de renovacion. Un hijo de la revolucion de 1789, despues de haber pasado á través de los crímenes de 93, vino al fin á ruborizarse de su madre; y para cicatrizar las llagas que ella habia hecho á la Francia, el jóven vencedor de Marengo (que algunos han renombrado un nuevo Ciro) volvió á abrir las iglesias, y á levantar nuevamente los altares del verdadero Dios. Me acuerdo de haber visto entonces los viejos obispos, confesores de la fé, volviendo de un largo destierro, y con una alegría mezclada de inquietud, tomar de nuevo el camino de sus antiguas diócesis: sin duda, el pastor se apresura á volver cerca de su ganado.... pero cuando los lobos han dejado las selvas para descender sobre el llano, el pastor se aproxima á aprisco, tembloroso y lleno de cuidado. Los obispos volvian de la emigracion en que habian estado hasta allí: cada uno de ellos, al aproximarse á su ciudad episcopal, debia sentir oprimido el corazon por el temor y la incertidumbre: ¡la muerte activada por la mano de los verdugos, habia hecho tan horribles siegas....! ¿Qué encontraria él de sus ovejas? ¿Y éstas, abandonadas tanto tiempo á sí mismas, volverian á la voz de su pastor? Todas estas dudas debian entristecer el retorno á la patria.

La Francia ha tenido siempre patronos poderosos en el cielo, y á pesar de las infernales doctrinas del filosofismo, no está el país tan gangrenado todavía, que haya perdido la creencia. La sangre de los mártires habia gritado ¡*misericordia!* y la justicia divina se ha dejado desarmar: los trastornos, las tempestades, no habian podido desarraigar la fé del país de Clovis de Carlo-Magno y de San Luis; y luego que el Padre comun de los fie-

les habló, luego que los obispos franceses volvieron á entrar en sus antiguas ó nuevas diócesis, se levantó de todas partes un grito de bendicion. Era á la vez un pasmoso y consolador espectáculo, ver á todas las poblaciones de Francia correr ante los enviados del Señor, y pedirles las gracias espirituales, de que tan largo tiempo habian estado privadas. Este pueblo, á quien la impiedad habia acabado por desecar el corazon, se apresuraba á refrijerarse en las fuentes de aguas vivas.

Así, apenas los obispos habian tenido tiempo de orar en sus catedrales empobrecidas y degradadas, y de tener algunos dias de reposo en sus devastados palacios, cuando les fué preciso dirijirse á recorrer los campos, y llevar á sus ovejas los dones y los consuelos del Espíritu Santo.

Las huellas de la persecucion se descubrian aún por todas partes: las iglesias de las ciudades, como las de las villas y aldeas, atestiguaban sobre sus nuevos exteriores, en sus naves y en sus santuarios, cuánto habia sido grande y estúpida la rabia de los vándalos modernos. ¡Ay! Para contristar á los sucesores de los apóstoles, no estaba solamente la destruccion en las obras materiales de nuestros monumentos religiosos: mientras que las parroquias habian estado viudas de sus sacerdotes, la cizaña habia crecido abundantemente sobre el campo del padre de familia, y amenazaba sofocar enteramente el buen grano..... Era, pues, preciso estirpar la ignorancia de las masas populares. Los obispos venian á ser entonces como los misioneros, y los hemos visto hace cincuenta años, predicar el Evangelio á la multitud, de lo alto de los Calvarios, que la piedad bretona y vandeana, tiene gusto de elevar en las encrucijadas de los caminos del campo.... ¡Oh! ¡habia allí escenas bellas donde estudiar, y admirables impulsos que comprender! Toda esta multitud, hambrienta del pan de la palabra, se trasformaba á medida que los consuelos celestes descendian sobre ella. Se podia leer en los ojos y en los rostros conmovidos del gentío, que la verdad penetraba en las almas, y arrojaba la indiferencia y la frialdad. Este efecto de la gracia era palpable á la vista; se le veia, como se ve el cambio repentino, producido por una buena y abundante lluvia de estío sobre los campos y las praderas, desecados y quemados por largos y ardientes calores.

En los mas terribles dias de 1793, todavía existian en Paris y en las provincias, sacerdotes fieles y ortodoxos, que con peligro de sus vidas, administraban los sacramentos del bautismo, penitencia, eucaristía, matrimonio y extrema-uncion. La impiedad revolucionaria habia hecho todo lo que dependia de ella, para impedir que las gracias sacramentales llegasen á las poblaciones que se querian corromper mas y mas, para dominarlas mejor; pero el celo apostólico de los buenos sacerdotes queda-

dos todavía en Francia, había encontrado el medio de repartir, con la ayuda de almas piadosas, los tesoros y beneficios de Jesucristo, á pesar de las amenazas de proscripción y de muerte.

No había podido ser lo mismo para los sacramentos del *orden y confirmación*: así, durante mas de quince años, la juventud de nuestro desgraciado país estuvo privada de la dicha de recibir este sacramento, que dá la fuerza y el valor de confesar la fé cristiana, bajo el peso de las cadenas, como sobre las gradas del cadalso. Así también, en la época que intento pintar, los cristianos de todas clases, de todos los partidos, de todas las edades, se apresuraron á venir á inclinar sus frentes bajo la mano de los obispos, para recibir el crisma y el signo de salud: las iglesias de las grandes ciudades no eran bastantes para recibirlos; en las villas, pueblos y aldeas, se habían recurrido á formar tiendas y pabellones de lienzo para alargar sus naves: ; tan inmensa y tanta era la afluencia!

Para llegar á estas casas de piedad, á estos santuarios de regeneración, los caminos se habían compuesto y adornado, los malos pasos desaparecían bajo la arena, las ruinas se ocultaban detrás de verdes espesuras, los arcos de triunfo (todo pacíficamente) se improvisaban por los caminos, y las flores de los campos, tejidas en guirnaldas, y suspendidas en festones, embellecían su rústica arquitectura..... A la entrada de las iglesias, las ramas de encinos y olmos formaban tapices para encubrir el sol, como en otro tiempo las palmas de la Idumea cubrieron las calles de Jerusalen; como en la ciudad de David, el pueblo de nuestras provincias hacia resonar en el aire los gritos de *Hossana* y *Bendito sea aquel que viene en el nombre del Señor*.

Este gran movimiento religioso, este manifiesto retorno á la fé de nuestros padres, ha sido la gracia mas señalada, la mas brillante del siglo diez y nueve; el espíritu volteriano quedó aterrado. Había esperado mas del veneno de sus doctrinas, había *trabajado* bien la tierra francesa, había repartido tanto su malvada semilla, que no podía creer, que el catolicismo hubiese allí conservado tan profundas raíces.

Este espíritu católico existe hoy todavía; lo afirmo por lo que vemos en nuestros dias, cuando nuestros obispos visitan sus diócesis para repartir en ellas los dones del Espíritu Santo: las poblaciones lejanas del centro de la corrupción, aquellas que no conocen los predicadores de la impiedad, han permanecido deseosas de esto que eleva el alma sobre las inquietudes y los disgustos de acá abajo; se apresuran á ir ante los ministros de Dios, porque los miran todavía como sus mejores consoladores. Les llevan sus hijos para que los confirmen en la fé.

Las gracias del cielo nos son distribuidas por la Iglesia con una santa

majestad que ningun otro culto posee. Así, en la vida del católico, el dia en que recibe el sacramento de la confirmación, es una gran fiesta, y aunque llegue á envejecer, no olvida jamas la emoción con que en medio de aquellas pompas sintió descender el Espíritu Santo sobre su alma, cuando el obispo marcó su frente con el místico y sagrado Crisma.

Este Crisma, con que el prelado que confirma, toca y marca nuestra frente, es también el de las consagraciones de los pontífices y de los reyes.

Si el segundo de los sacramentos es administrado en una gran ciudad, entonces, cada parroquia tiene su jornada solemne, su dia de fiesta y su santa alegría; mas de un mes antes, las instrucciones de los sacerdotes, las plegarias y los cánticos de alabanzas han preparado los fieles á recibir el Espíritu Santo..... El templo del verdadero Dios, se adorna para la ceremonia con toda su magnificencia; las fajas de las columnas se revisten de antiguas tapicerías, recordando los milagros de la antigua y nueva ley..... En el santuario, y á la derecha del altar, se eleva un trono; un baldoquin con gruesos plumajes sirve de cubierta á la silla, y dos cortinas de seda carmesí con franjas de oro se levantan formando coladura, á cada lado del sillón episcopal; sobre el fondo del trono se ostenta el escudo del arzobispo ú obispo oficiante; alguna vez estos escudos de armas datan de muy antiguo, y traen á la memoria la guerra santa de las Cruzadas; otras, son las *armas parlantes*, que un humilde sacerdote ha escogido nuevamente al recibir la cruz y la mitra, otorgados á su piedad y á su saber. Nosotros hemos visto á muchos escoger y poner sobre su escudo un cayado en aspa con una cruz y esta divisa: *Vivir y morir por su rebaño*.

El altar brilla con sus lumbreras de plata y oro molido, los relicarios son espuestos con sus preciosas osamentas; entre los ramilletes de flores cuelgan los altos encajes sobre el mármol de las gradas, y adornan los manteles sagrados; las llamas de los cirios centellean á cada lado del tabernáculo, como pequeñas estrellas, y el humo del incienso se escapa de las urnas flotantes (incensarios). A lo lejos del santuario, en el coro situado sobre la gran puerta de la entrada, el órgano brota y deja caer sus majestuosos y armoniosos suspiros. Todo anuncia la presencia de Dios, y un piadoso arrobamiento se apodera de la multitud que observa..... La Cruz, adornada de rojo, aparece radiosa sobre todas las cabezas; va delante, llevada por un levita revestido de alba de puro lino; dos acólitos, á derecha é izquierda la escoltan con sus cirios, y tras de ellos se despliegan dos largas hileras de jóvenes aspirantes á la carrera eclesiástica; todos van revestidos de sobrepellices de muselina con largas alas

flotantes; preceden á los jubilados del santuario, los canónigos, los párrocos y grandes vicarios que llevan capas de terciopelo, de brocados y telas de oro. Terminada esta procesion de dignatarios de la Iglesia, hé aquí al *muy santo*, el *muy querido de Dios*, el obispo, avanzando lentamente, el báculo en la mano, la mitra de oro en la frente, y bendiciendo la multitud arrodillada bajo su mano llena de las gracias del cielo; las frentes se inclinan á su paso, y no se alzan hasta despues de ser bendecidas. Lo mismo en un campo de trigo, las espigas se doblan y vuelven á enderezarse cuando una brisa de estío viene á deslizarse por encima de los sulcos. A medida que el prelado avanza cerca del santuario, la apretada multitud se lanza ante él..... Vedlo ahora dirijiéndose al altar; ha subido las gradas, y despues de haber rogado en silencio sobre el último escalon, toma su lugar sobre un sillón vuelto hácia los que deben ser confirmados. Allí se lava las manos, las enjuga, y juntándolas sobre su pecho, dice en alta voz (1).

—“Que el Espíritu Santo venga sobre vosotros, y que la virtud del Todopoderoso os conserve sin pecado.”

Despues, haciendo la señal de la cruz, continúa:

—Nuestro socorro está en el nombre del Señor.

Y el coro responde: “Del Señor que ha hecho el cielo y la tierra.”

—Señor, escuchad mi ruego.

—Que mi voz se eleve hasta vos.

—Que el Señor sea con vosotros.

—Y con vuestro espíritu.

Despues de este corto diálogo entre el oficiante y los que responden, se levanta el obispo, y estendiendo la mano sobre los que aspiran á los dones del Espíritu Santo, pronuncia esta oracion, de manera, que pueda ser oído de todos:

“Dios Todopoderoso, Padre de Nuestro Señor Jesucristo, que habeis regenerado vuestros servidores por el agua y el Espíritu Santo, y que les habeis otorgado la remision de sus pecados, haced descender sobre ellos vuestro espíritu consolador, el Divino Paráclito con sus siete dones.

—El Espíritu dé consejo y dé fuerza.

—Así sea.

—El Espíritu dé ciencia y piedad.

—Así sea.

“Llenadles del espíritu de creencia en Dios y en nuestro Señor Jesucristo, y ordenad que sean señalados con el signo de la Cruz por la vida eterna.”

(1) El Ritual.

Despues, todos aquellos que deben recibir la confirmacion, niños, jóvenes, viejos, vienen con gran recojimiento á arrodillarse á la barandilla del santuario, y el prelado, aproximándose á cada uno, le pregunta el nombre del santo que tiene por patrono. En seguida, mojado la estremidad del dedo pulgar de su mano derecha en el Santo Crisma, nombra á aquel á quien va á confirmar, y pronuncia estas palabras sacramentales: *Yo te señalo con el signo de la Cruz, y te confirmo con el Crisma de salud, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.*

Al mismo tiempo que salen estas palabras de su boca, el obispo hace con el dedo pulgar que ha mojado en el Santo Crisma una cruz sobre la frente del aspirante; despues, con sus tres dedos dá un golpecito dulcemente en el carrillo del confirmado, diciéndole: *Pax tecum: que la paz sea contigo.*

Luego que el sacramento ha sido administrado á todos, el ministro de Jesucristo dice en alta voz: “Así será bendito el hombre que crea en el Señor. Que el Dios del cielo y de la tierra os bendiga desde Sion, á fin de que tengais los bienes de Jerusalem, por todos los dias de vuestra vida.

“Que el Señor os conserve en su santísima creencia, en donde vive y reina por los siglos de los siglos.”

Despues de esta oracion, continúa el obispo: “Dios, que habeis dado el Espíritu Santo á vuestros apóstoles, y que habeis querido que fuese comunicado al resto de los fieles por ellos y sus sucesores, lanzad una mirada de bondad sobre nosotros, que ejercemos su santo ministerio, aunque tan indignos seamos, y haced que los corazones de aquellos de quienes hemos señalado la frente con la santa uncion, y que hemos confirmado por la señal de la cruz, se abrasen en vuestro amor por la presencia del Espíritu Santo, y que dignándose habitar en su alma, la convierta en templos de vuestra gloria.”

En seguida repite: “Así sea bendecido todo hombre que tenga la creencia del Señor.”

Luego, haciendo la señal de la cruz sobre todos los confirmados, dice de nuevo: “Que el Dios Todopoderoso os bendiga desde Sion, para que goceis todos los dias de vuestra vida los bienes de Jerusalem, y para que tengais la vida eterna.”

Despues de esta bendicion solemne (parte esencial del sacramento) el prelado que confirmó, se sienta sobre el sillón arrimado de espaldas al altar. Lá mitra en la cabeza, y el báculo en la mano, y con toda su majestad episcopal, pide á los cristianos sobre quienes acaba de hacer descender los siete dones del Espíritu Santo, que rueguen por él.

En seguida, uno de los sacerdotes asistentes, se arrodilla en una de las gradas del santuario, y recita en alta voz el *Credo in Deum*, el *Pater noster* y el *Ave María*; los nuevos confirmados repiten en voz baja las mismas plegarias. En esta union de voces, los pobres dan á los ricos, y el hombre de mundo, reconociendo los dones espirituales que acaba de recibir, ruega por el hombre de Dios, dispensador de los beneficios del cielo.

Leemos en el ritual de la diócesis de Troyes, publicado en 1754: "Al instante en que un fiel haya recibido el Santo Crisma, un sacerdote le enjugará con un algodón ó una estopa la parte de la frente que haya recibido la unción sagrada. Este algodón ó estopa, serán quemados y sus cenizas arrojadas en la piscina."

En muchas diócesis se ponen vendas de tela fina y blanca á los confirmados; en algunos lugares se ha dado á estas vendas el nombre de *crismera*.

Otras veces habia la costumbre (1) de que los que debian ser confirmados, llevasen con ellos una cintilla ó listoncito de tela, con el cual se les envolvía la frente, despues que se les habia hecho la unción del Santo Crisma. Parece que este uso fué muy antiguo, porque se encuentra prescrito en el Pontifical de Egberto, arzobispo de York, que está escrito en hermosos caracteres sajones, y pertenecía á la iglesia de Evreux. Egberto vivió á mediados del siglo VIII. Segun el concilio de Wigornia, estos cintillos ó vendas, debian ser de tela nueva.

El concilio de Colonia, del año de 1280, ordena, ademas, que sean de una tela de lino espesa, sin nudo ni fractura, de tres dedos de ancho, y del largo conveniente y propio. El uso antiguo era llevar estas vendas sobre la frente, por espacio de ocho dias, por respeto al Santo Crisma, á fin de que nada se perdiese.

"Diversos autores (continúa el docto dominicano) presentan las razones mas misteriosas para esta práctica, las cuales creo mas piadosas que sólidas." En consecuencia, no se debe miramiento alguno á las razones místicas de estos autores, que habian dicho, se hacían llevar las vendas siete dias, á causa de los siete dones del *Espíritu Santo*, cuando desde los principios del siglo XIII se redujo este tiempo á tres dias.

En el concilio de Chartres del año de 1526, se exijia, que aquellos que acababan de ser confirmados, conservasen sus vendas sobre las frentes por espacio de veinte y cuatro horas: *Ne crisma*, dicen los padres del concilio, *possit ab aliis tangi*: porque no pueda el cristiano ser tocado por otros.

(1) Historia de los Sacramentos, por el padre Chardon.

San Basilio (1) hace remontar el origen y la bendición del Santo Crisma hasta los apóstoles.

San Optato de Mileve (2), que vivia en la misma época, dice que el aceite que se consagra por la virtud del nombre de Cristo (lo que significa óleo) se llama *crisma* porque *Chrisma* y *Christus* vienen de un mismo origen. La bendición del Crisma con el cual se administra la confirmación, pertenece solamente á los obispos.

En las iglesias de Oriente existe una tradición, que puede no ser verdadera; pero en medio de todo lo que tiene de apócrifa, conserva las trazas de una verdad muy antigua. Se ha repetido de siglo en siglo, que luego que la muger pecadora hubo vertido el precioso y perfumado aceite en los piés del Salvador, los discípulos de Jesus se aproximaron á recojer una parte, y que antes de su separación para ir á predicar el Evangelio, partieron entre ellos el que habian recojido, y que lo dejaron en las iglesias establecidas por ellos, donde fué mezclado con aquel que bendijeron para las necesidades de los fieles.

Este Crisma sagrado se prepara con extremo cuidado (3) en las iglesias de Oriente y entre los griegos: hay allí sobre esto un libro entero, que comprende un gran número de oraciones, los aromas que deben entrar en la composición, y la manera de hacer su infusión y cocerla. Este tratado, que es para la iglesia cophta, no contiene, sin embargo, cosa que no sea tambien observada entre las otras comuniones. El patriarca Gabriel, habla demasiado largo en su Ritual, lo mismo que Abulbircat, autor de la *Ciencia Eclesiástica*. Ademas del aceite y del bálsamo, los orientales emplean la canela y ciertas flores que nosotros no conocemos; el ámbar, madera de aloés, clavo especia, nuez moscada, spicanarda (4), y rosas coloradas de Irak. La preparación se hace en la iglesia por los sacerdotes mismos y con muchas oraciones. La Enciclopedia de los griegos señala hasta cuarenta especies de aromas y perfumes, que hacen entrar en la composición del Crisma."

El mismo autor continúa: "En la Iglesia latina, aunque se hace al parecer con mas simplicidad, menos gastos y magnificencia la consagración de que hablamos, la ceremonia, sin embargo, ha sido siempre demasiado augusta, demasiado solemne. Nos contentaremos con señalar, que despues de la bendición del Crisma, el obispo debe ser asistido de doce sacerdotes y siete diáconos, con otros tantos subdiáconos, y otros cléri-

(1) De Spiritu Sancto, cap. XVIII.

(2) Lib. VII, De Chrism.

(3) Chardon, Historia de los Sacramentos de la Iglesia, t. I, pág. 439.

(4) Planta que viene de la Siria.

gos menores. Esto parece haber sido tomado de los tiempos de la antigüedad cristiana, en que el colegio ó cabildo de cada iglesia catedral estaba compuesto de doce sacerdotes, doce diáconos, y otros tantos de menores órdenes para la administracion de la diócesis, y el servicio del obispo y del pueblo."

Yo sé, que en el siglo diez y nueve existe todo un pueblo (que ciertamente no llamaré el *pueblo de Dios*), y que está diseminado entre todas las naciones. Este pueblo, todo positivo, no busca punto donde colocar su cuna en la oscura noche de los tiempos pasados. Lejos de ello, no quiere datar sino de ayer, vivir el dia presente y ni aun soñar en el porvenir. No es para él para quien he escrito: tambien se ha podido conocer que gusto de animar, de colorear mis páginas, con eso que los orgullosos racionalistas del dia llaman desdeñosamente *vejstorios*. Eso que ellos menosprecian, lo tengo yo en gran veneracion: cuando me dejo llevar del encanto que hay en salir de lo presente, para remontarme por ese camino que han trazado los siglos, y encontrar enfrente los antiguos relicarios de las edades trascurridas, tengo la esperanza de que muchas almas amarán lo que yo amo, y venerarán lo que yo venero: no me escuso, pues, con los verdaderos católicos, por haber trasportado su pensamiento hacia los tiempos primitivos, transcribiendo las fórmulas de las oraciones que nuestros piadosos antecesores han legado (en sus manuscritos que datan de novecientos años) á la *Iglesia una é inmutable*.

Bien sé que los campeones de la razon humana repiten que la antigüedad de un error, ó de una supersticion, no la justifica, y que por mas que les haya demostrado, que el origen del sacramento de la confirmacion remonta á los tiempos de los apóstoles, persistirán en sostener, que es abusar groseramente del buen sentido de los hombres, querer hacerles creer, que *la imposicion de manos de un obispo, una uncion de aceite y de bálsamo sobre la frente, y algunas palabras pronunciadas en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo*, puedan jamas dar á una criatura humana las cualidades, las virtudes y una fuerza que la naturaleza y la educacion no la han dado.

Estos fieros atletas no quieren creer en nuestros sacramentos, porque ellos *no los comprenden*..... Todo lo que es *incomprensible*, lo rechazan bien lejos, y lo dejan á las mugeres, á los espíritus débiles y á los viejos.... Pero, ¡soberbia escéptica! dignaos un instante descender de las alturas en que domina vuestro genio, y decidnos:

¿Estais bien ciertos, de que *lo incomprensible* os ha sido siempre inútil? Vosotros teneis un espíritu, una alma, un cuerpo; veamos eso, que lo in-

comprensible ha hecho por vuestro cuerpo, vuestra alma, y vuestro espíritu.

Fijemos una mirada sobre la antigüedad, y verémos en presencia de las religiones, el politeísmo, y el cristianismo; estudiemos sus diferentes espíritus. El paganismo nada tiene en sí, que el hombre no pueda comprender: sus doctrinas son todas naturales y en armonía con las pasiones.

Pero el cristianismo es otra cosa: lo que forma su esencia, su espíritu, son sus misterios; la Trinidad, la Encarnacion, la Redencion. ¡El Dios del cielo y de la tierra, el Criador de los mundos muriendo sobre una cruz, como un facineroso sobre un patíbulo! Hé aquí lo incomprensible de donde ha salido la religion cristiana.

¿Las inclinaciones mas perversas del hombre, que concordasen bien con el culto del Olimpo, se coordinarian jamas, por el instinto natural, con el culto del divino ajusticiado....? No sin duda; porque la vida cristiana se compone de mortificacion, de penitencia y de sacrificios hechos al pié de la cruz.

Las divinidades paganas estaban todas coronadas de rosas; y es una corona de espinas la que ciñe la frente de nuestro Dios.

Para pulverizar, para vencer esta religion de risueñas y voluptuosas ficciones, un siglo de Catacumbas ha bastado: las cenizas de los ídolos se han mezclado á las de los mártires. Sí, un patíbulo (1) plantado en el seno de las generaciones, ha derribado el Partenón y el Capitolio. ¡Ved aquí lo **INCOMPENSIBLE**! Y esto es lo que reina y reinará hasta el fin de los tiempos. El cristianismo ha nacido de él, y de él vive, y el cristianismo lleva la voz, despues de diez y ocho siglos: desde la venida de su divino Autor, ha sido escuchado constantemente de todo el género humano: su palabra es racional. Creamos en él, por nuestra falicidad y por la gloria de Dios.

(1) El padre Lacordaire.

